

INFORME

DEL BRIGADIER DON JUAN MACKENNA SOBRE LA CONDUCTA
MILITAR DE LOS CARRERAS, DADO EN VIRTUD DE ÓRDEN ESPEDIDA AL EFECTO
POR EL SUPREMO DIRECTOR DON FRANCISCO DE LA LASTRA





EXCMO. SEÑOR

Por una severa indisposicion no pude evacuar con la brevedad que exijia el informe que V. E. me ordena en el antecedente oficio; pero ahora' mejorado, procedo a estenderlo, bajo mi palabra de honor, con la mas estricta brevedad e imparcialidad.

De este informe, i del de todo chileno que prefiera el honor de la verdad i el bien de su patria a bajos temores i mal fundados sentimientos de compasion, resultará un catálogo de crímenes desconocidos en los pueblos civilizados: crímenes que, por haber tenido su oríjen en el abuso de la fuerza armada, alejará, espero, en lo futuro, a todo militar

amante a los derechos de sus conciudadanos, de mezclarse en revoluciones i le convencerá de cuan fundada es esa máxima de eterna verdad: que el despotismo es el invariable e inevitable resultado de la intervencion de la fuerza armada en materias de gobierno i lejislacion.

El cuadro que presentó este respetable reino en la época a que se refiere este informe es el mas humillante que puede concebirse. Tres jóvenes sin los menores conocimientos militares, ni políticos, sin valor personal, i sin mas cualidades de tiranos que la irreligion i la inmoralidad, se constituyen, mediante el abuso de cuanto hai de sagrado entre los hombres, árbitros de la suerte de un millon de almas; reunen en sí toda la fuerza; destruyen el Ejecutivo; insultan del modo mas grosero al Lejislativo; i concluyen con abolirlo. Para dar un colorido legal a su usurpacion, representaban la ridícula farsa de juntar cinco o seis jefes de los cuerpos veteranos i milicias para elejir dos miembros del Poder Ejecutivo. Estos, a los pocos dias, o hacian dimision por no verse cubiertos de la execracion i ludibrio públicos, o bien eran removidos por no tener la docilidad que querian los usurpadores. Volvióse a renovar la ridícula escena indicada, hasta que por fin encontraron dos personas dotadas de las cualidades que requerian; aunque estos en secreto han declarado a sus amigos que solo

permanecian en el gobierno para contener en lo posible los excesos de los Carreras. Persiguieron estos hombres desnaturalizados a todos los distinguidos patriotas. Por medio de sus intrigas, revolucionan a la plaza de Valdivia i ciudad de Concepcion; quitan sus juntas; destierran todos los principales patriotas de dicha provincia; tratan de quitar el armamento i reducir sus tropas veteranas; i al frente de éstas colocan hombres algunos débiles i otros traidores conocidos. Impusieron nuevas contribuciones i dilapidaron del modo mas escandaloso los fondos públicos, gastando, segun tengo entendido, mas de un millon doscientos mil pesos en el primer año de su usurpacion, sin haber aumentado, ántes disminuido, la defensa de la provincia de Concepcion, i sin haber remitido un solo cañon, ni un hombre mas a la guarnicion del importante puerto de Coquimbo, objeto favorito, como debia de ser, del anterior gobierno. Es verdad que en la capital, donde querian concentrar toda la fuerza del reino para tenerla mas inmediata a su férula, aumentaron las tropas de trescientos a cuatrocientos hombres, i emprendieron algunos gastos en dar principio al cuartel de los Huérfanos, i en refaccionar para igual destino los conventos de San Diego i Recoleta Domínica, de donde arrojaron con el mayor escándalo a los relijiosos. Calculando los gastos de dichos edificios i cotejándolos con el

dinero sacado para el efecto de la Tesorería, verá el público la dilapidacion que ha habido en este solo ramo. Por último, desorganizaron estos diversos hombres tan completamente el reino i exasperaron en tales términos a todos los patriotas verdaderos que destruyeron el sistema e hicieron hasta el nombre de Junta odioso, aun entre los inocentes habitantes de la campaña, por el robo que se hizo de sus caballos, verificado por salteadores sacados para el intento de la cárcel.

El Gobierno de Lima, que observaba de cerca las operaciones de Chile i respetaba su Junta, interin la union del reino la hacia respetable i élla gobernaba por los principios de su instalacion, vió en la indicada triste época que habia llegado el momento no solo de insultar impunemente a este Estado, sino tambien de invadirlo. En efecto, no cabe documento mas insultante que el oficio del Virrei a nuestro simulacro de la Junta; lo he visto en la "Gaceta de Lima", que circulándose por lo demas de América i Europa, habrá dado la idea mas degradante de este pobre reino. Los Carreras, que solo manifestaban enerjía cuando se trataba de perseguir a los patriotas, miraron con la mayor indiferencia los insultos de Lima hasta dejarlos sin contestacion. Con igual apatía recibieron los avisos de la próxima invasion de Concepcion. Don Domingo Pérez, actual comisario del ejército, entregó

a uno de los miembros del gobierno una carta del sujeto mas caracterizado de Osorno, comunicando este evento. De nada se hizo caso; en nada se pensó mas que en dilapidar los caudales públicos; i andar de noche por las calles de esta capital, acreditando su patriotismo en azotar a los hombres i mujeres que graduaban de sarracenos. Verificóse la invasion, i se vió con asombro e indignacion un puñado de chilotos i valdivianos apoderarse, sin cuasi tirar un tiro, de todo el reino hasta la orilla del Maule. Si el ejército invasor hubiera sido, no digo de cualquiera nacion civilizada de la Europa, sino de la Tartaria, tal era la exasperacion de los patriotas i de todo hombre relijioso i de costumbres, que se hubieran entregado sin resistencia, para libertarse del ignominioso yugo que los oprimía; pero las escenas de la Paz, Quito, etc., etc. hicieron execrable el dominio limeño en Chile, a lo que se añadía la esperanza que el pueblo, tomando nueva enerjía en la guerra, se sacudiría a un mismo tiempo de ámbos enemigos. Estos principios hicieron al digno vecindario de esta capital desplegar en el momento de la invasion una enerjía que salvó al Estado, i que siempre hará época en los anales de los pueblos libres.

Habiendo servido dos campañas en África, tres contra la Francia, i nombrado en la última de éstas cuartel-maestre de la division de la izquierda del

ejército grande por los jenerales Ofarril i Urrutia, segun consta por documentos que obran en mi poder, dejo a la consideracion de cualquier militar, cuál debería ser mi indignacion al ver un ejército, pequeño sí, pero que defendia grandes intereses i de que dependia la suerte del Estado, al mando de un jeneral en jefe como don José Miguel Carrera, de un jeneral del centro como don Juan José i de un jeneral de la vanguardia como don Luis. Sacrifiqué mi amor propio i mis resentimientos al bien de la patria, i solo traté de unirme estrechamente con ellos en su defensa. Al ver la fiereza de estos hombres al frente del pueblo desarmado de la capital, creí verdaderamente que tenian algun espíritu; pero pronto me convencí de que su cobardía era igual a su ignorancia; i que poseian estas cualidades en tan eminente grado, que en las primeras operaciones de la guerra, el Estado estaba irremisiblemente perdido, a no tener al frente un enemigo que, léjos de querer pelear, arrojó sus armas en la orilla del Maule.

Este bosquejo de mi informe veo va exediendo los límites de tal. Así, procederé a su detalle, que contendrá los cargos de los Carreras, a quienes acuso, a la faz del mundo entero, de los mas execrables delitos contra el Estado, contra la propiedad i seguridad individual de sus conciudadanos; les acuso con la entereza de un hombre que, como

es notorio, jamas les ocultó sus verdaderos sentimientos, aun en el ejército, rodeado de satélites; de un hombre que, en obsequio de la verdad, derechos de sus conciudadanos, en cumplimiento de sus deberes, i de lo que debe al digno pueblo chileno, no teme las bayonetas de los tiranos, ni los puñales de los asesinos; i, por último, de un hombre que jura por lo mas sagrado no ambicionar mando alguno; que nada necesita, ni nada desea mas que la felicidad i tranquilidad del Estado, para retirarse al campo, i pasar lo restante de una borrascosa vida en el seno de una inestimable familia con que le ha bendecido la Providencia.

La série de las iniquidades de estos hombres principia con la conspiracion del 15 de Noviembre de 1811, época en que me hallaba de comandante jeneral de artillería i miembro del Ejecutivo. En los dias anteriores a este evento, i aun desde mi llegada de Valparaíso, don José Miguel se hizo mui mi amigo, venia diariamente a casa, me comunicaba todo lo que pasaba en el pueblo, i entre otras cosas, que los Sarracenos por medio de papeles anónimos, cuyos autores no podia averiguar, hacian a él i sus hermanos varias insinuaciones con ofrecimiento de dinero para destruir la Junta i reponer el gobierno antiguo, colocando a su padre de Presidente; que éste estaba mui indignado con el Congreso por haber propuesto alguno de sus miembros

que se le tomase residencia, o se pidiese cuenta de la inversion de los bienes pertenecientes a la testamentaria de don Pedro de Villar.

A pesar de las pretestaciones de patriotismo de don José Miguel i sus hermanos, se rujia en el pueblo que trataban de conspirar contra el Estado; i estando yo de Presidente del Ejecutivo, inicié una causa sobre el particular, de que nada resultó. Reconvine a don José Miguel sobre estos rumores el dia ántes de la conspiracion; su contestacion fué agarrarme la mano, ponerla sobre su pecho, i jurar por lo mas sagrado, que era todo falso, que no habia mas que lo que me tenia comunicado, i que en el caso de haber otra cosa en este momento me lo participaria.

Confieso que me engañó, que descansaba en el seno de la amistad i del honor; ademas no creí que se atreviese a intentar movimiento alguno, sabiendo que la principal fuerza armada se hallaba en Concepcion, entónces a la disposicion de patriotas decididos. El citado rasgo de política alaban algunos amigos de don José Miguel; pero sea dicho por el honor de este digno vecindario i el de Concepcion: jamas se les prostituyó un solo hombre de rango, a excepcion de dos. Tenian sí amigos, si se puede dar este respetable nombre a aquellos insectos que siempre rodean a los hombres que pueden prodigar el dinero, empleos i comisiones lucrativas;

amigos semejantes a los de Catilina cuando conspiraba contra su patria; a los que con Cromwel destruyeron la República Inglesa; a los que con Bonaparte arruinaron la Francia; i a todos aquellos que en todos los siglos han intentado erijirse en tiranos i elevarse sobre las ruinas de su patria; porque, por desgracia i vituperio de la especie humana, los hombres de bien son siempre ménos que los perversos. Vuelvo a tomar el hilo de mi narracion. La noche del 14 al 15, acompañado de don Luis Carrera i de los oficiales de artilleria Formas i Tortel, fuí a ver a don Juan José, que se hallaba enfermo en el cuartel. En su cuarto encontré a José Miguel, su hermana doña Javiera i otros varios de la familia; a poco rato entró el padre, don Ignacio, que no habia venido a la capital desde la revolucion del 4 de Setiembre. Este hombre, a quien muchos creen tan malo i tan delincuente como sus hijos, me saludó con aquellas espresiones dulces i melífluas, que caracterizan a aquellos que, con el cielo en los ojos i el infierno en el corazon piensan alucinar a sus semejantes con una esterioridad de relijion. ¡Infelices! A sí mismos se engañan: el castigo de la vil hipocresía rara vez la justicia divina lo reserva para la otra vida. A mi salida don Luis i don José Miguel me acompañaron hasta la calle, donde me dijo aquél riéndose: "Ahora con la venida de mi

padre dirá el pueblo de nuevo que lo vamos a poner de Presidente», i con esto se regresó para reirse sin duda con su padre i hermanos de mi sencillez.

Nada es mas duro al hombre de honor que el creer que otros no lo tengan, mayormente aquellos a quienes ha dado el nombre de amigos. A este principio, i a la ignorancia del verdadero carácter de los Carreras, debe atribuirse la facilidad con que verificaron su conspiracion. No faltaron oficiales en el cuerpo de artilleria que hubieran muerto a mi lado en defensa de los derechos de su patria, a haber tenido la menor noticia de tan negra perfidia. La mañana del 15 al alba se me avisó que don Luis habia sublevado el cuartel de artilleria i héchose reconocer por comandante i que habia mandado dos cañones al cuartel de los Huérfanos, donde su hermano don Juan José practicó lo mismo con los Granaderos. Pasé incontinenti a la sala de gobierno, que habia ya recibido un oficio de Juan José, concebido en los términos mas insolentes, incluyendo un bando todavia mas, con orden que se publicase en el momento, si no la bayoneta i el estruendo del cañon lo harian publicar. En este tiempo se juntaron algunos Sarracenos en la plaza, i entre ellos se oyó la voz «el Gobierno antiguo»; pero creo que los engañaron tanto como a mí, i con dolor de sus bolsillos.

Los acontecimientos de ese aciago día i siguientes son tan notorios que escuso detallarlos; pero no debo omitir que en el hecho de recomendar los Carreras por escrito al Congreso a mí i a otros miembros del Ejecutivo manifestaron no tener queja contra él. El Cabildo i el pueblo entero declararon lo mismo, como debe constar en las secretarías del Congreso i Ayuntamiento.

El 17 o el 18 me informó el señor don Juan Enrique Rosales que don Juan José Carrera habia estado en su casa a manifestarle cuánto sentia lo acaecido, que en el aspecto del pueblo conocia el disgusto jeneral, i que solo deseaba se repusiese todo en el pié que se hallaba ántes de la conspiracion. Lo mismo repitió en mi presencia, i en la de don Agustin Vial i don Gaspar Marin, añadiendo que su padre, hermana i hermanos habian sido de la opinion de reponer el Gobierno antiguo, i a su padre de Presidente; que éste, para el efecto, habia repartido la mañana del 15 entre los Granaderos mucha azúcar, yerba, etc., etc., (este hecho consta a los Huici i demas oficiales de Granaderos); pero que en vista de su resistencia, su padre se encerró con él la noche del 15 en su cuarto a convencerlo, sin que pudiera conseguirlo ni esa noche, ni en el día siguiente, por lo que se retiró despedido al campo. Concluyóse la sesion con que todo debia reponerse en el pié antiguo, que los herma-

nos saldrian del reino del modo mas decoroso posible; i que los señores Vial, Pérez o Vera habian de hacer el borrador de su oficio al Congreso solicitando el cumplimiento de lo convenido. Se le hizo en efecto el borrador; pero dijo al señor Rosales que era demasiado humillante para sus hermanos, i concluyó con unirse a ellos i decirles, segun tengo entendido, que lo que habia hecho era solo con el objeto de sondear a los patriotas.

Aunque no corresponde a este lugar, sin embargo, por estar tratando de la inconsecuencia e infidencia de este hombre, referiré la anécdota siguiente. En la retirada del ejército del sitio de Chillan, hablando con el Cónsul americano Poinssett a cerca del estado del reino, le manifesté cuan sentidos estaban los patriotas con él, porque siendo miembro de un pueblo libre debia cooperar a la libertad de Chile i no unirse a los Carreras para su esclavitud. Esclamó que los chilenos le hacian en eso la mayor injusticia, i que si no fuera por él, estaria el reino en el dia sujeto a Lima, dándome a entender, que en la ruidosa disension entre los hermanos, en el mes de Octubre de 1812, en que Juan José se unia con su padre contra los otros dos, el plan de aquellos fué entregar el reino a Lima; pero que, mediante sus esfuerzos i la farsa de la constitucion, evitó el golpe, i avino a los hermanos, cuya permanencia en el reino conside-

raba incompatible con la libertad, i que concluida la guerra, haria lo posible para llevarlos consigo a los Estados Unidos.

El 27 del citado Octubre se descubrió el complot, finjido o verdadero de algunos patriotas, para aprehender a los Carreras, o devolver el mando al pueblo. Yo fuí comprendido en el número de los denunciados, i, sin embargo de haber convencido de falsarios a los denunciantes i del dictámen del justificado Fiscal don F. Barros, ménos pudo la justicia en la mente de los jueces comisionados, que el miedo inspirado por un oficio de Juan José que los amenazaba si no procedian contra mí. Todo consta del proceso, cuyo testimonio conservo en mi poder, como un monumento del despotismo i de la debilidad, por no darle otro nombre, de ciertos majistrados chilenos. En él mismo hai constancia del horroroso hecho cometido personalmente por los tres Carreras en la persona del benemérito patriota i capitan de artillería don Francisco Formas; atentado creo sin ejemplar en un pueblo cristiano i cuya relacion es capaz de erizar los cabellos en la frente de un caribe. En honor de la verdad, debo decir que don José Miguel, por lo relativo a mí, se portó con jenerosidad durante la secuela de la causa, i no fué participante de las privaciones ilegales providenciadas por los jueces, que temblaban bajo la férula del terrorismo. Durante la confina-

cion en mi casa, don Pedro Asenjo, Sarraceno declarado, hijo de un capitan de Valdivia, i quien fué dependiente mio en el gobierno de Osorno, me dijo que don José Miguel Carrera le habia comisionado para ir a Valdivia i tratar con su cuñado don Lucas Molina del modo de deshacer la Junta de Gobierno de aquella plaza, entónces unida con la de Concepcion, i por consiguiente opuesta al despotismo. Dicho Molina, muerto en el sitio de Chillan, era sarjento mayor del batallon de Valdivia, hombre de primer influjo en esa plaza, i sin duda el mejor oficial que tenia el ejército enemigo. Al poco tiempo de haber llegado Asenjo a Valdivia acaeció la revolucion, i como a su salida de la capital, José Miguel estaba solo en el mando, se creyó, como en otras muchas partes, que se habia repuesto el Gobierno antiguo, i los valdivianos procedieron con arreglo a esa creencia, como se podrá ver en sus oficios insertos en la Aurora, números 20 i 21.

Retirado en el campo de resulta de la indicada causa, no tenia el sentimiento de ver la degradacion de la capital, ni los exesos de sus opresores. Ví sí de cerca los vejámenes cometidos por el insigne salteador B. . . . A. . . . , quien, condecorado con una comision del Gobierno i acompañado de otros de su propia carrera, en particular del célebre Maulino, sacado para el efecto de la cárcel, entraba

en las haciendas, potreros, casas de ricos i pobres, sacando los caballos que queria sin permiso de nadie. Esta comision fué el preludio de otras semejantes, dadas por los Carreras, i que hicieron tan incalculables daños en la provincia de Concepcion.

Llamado por la voz pública a la defensa del Estado pasé, a principios de Abril del año próximo pasado, a Talca, donde se hallaba la mayor parte del ejército reunido. Como no se ha dado al pueblo nocion alguna verdadera de esta guerra, concibo de mi obligacion detallar sus principales operaciones para manifestar que la cobardía de los jenerales Carreras solo puede igualarse con su ignorancia, i que juzgados por las ordenanzas del ejército, sus leyes bien claro manifiestan las penas que merecen.

Hallándose el enemigo dueño de toda la provincia de Concepcion i nuestro ejército demasiado disminuido para obrar aun sobre la ofensiva, el Maule, por consiguiente, formaba nuestra línea. Este caudaloso rio, desprendiéndose de la cordillera con la rapidez de un torrente, se divide en varios brazos, siempre hondos aun en tiempo de la mayor seca, i sembrados de una infinidad de piedras grandes, en extremo resbaladizas; este obstáculo, unido con la velocidad de la corriente, imposibilita pasar los vados a pié i con dificultad a

caballo. Dichos brazos forman una infinidad de islotes cubiertos de árboles i arbustos, que proporcionan excelentes emboscadas. La parte de este rio que tiene a uno i otro lado terreno llano i por consiguiente, la única a propósito para pasar la artillería, es la comprendida entre la cordillera de los Andes i la pequeña cercanía de la costa, o bien entre los vados del andarivel i el de Bobadilla. Esta estension, que no excede de seis i media leguas, formaba nuestra línea i por todo el cauce del rio tiene al ménos tres cuartos de legua de ancho. A ménos de una legua mas abajo del vado de Bobadilla, se reunen todos los brazos del rio, i en este punto, llamado el Barco, se ha establecido el balseo.

El ejército, a mi llegada a Talca, se hallaba acuartelado en esa ciudad, a excepcion de dos a trescientos hombres que por disposicion del cónsul Poinsett se habian situado al otro lado del rio, en los cerritos de Bobadilla, en donde, para lucir sus conocimientos superficiales de fortificacion, habia hecho una especie de reducto. Habiendo reconocido dicha posicion por órden de José Miguel, le demostré que la ruina del ejército seria la terrible consecuencia de mantenerla, por obligarnos a dividir nuestras fuerzas, a uno i otro lado del rio, i por consiguiente debilitarlas i abandonar la formidable barrera que éste nos pro-

porcionaba; que en el caso de ataque, no podia ser socorrida i en el de desgracia, no tenia retirada; que ni aun servia para su único objeto, que era el defender el vado de Bobadilla (uno de mas de treinta que tiene el rio) respecto de hallarse dichos cerritos a mas de 1,500 varas del vado, por consiguiente, fuera del alcance de nuestras piezas de campaña; i por último, que la posicion era contra toda regla de táctica. José Miguel, convencido de la fuerza de mis razones, mandó inmediatamente abandonar el punto, con sumo despecho del Cónsul, que desde entónces procuró desairarme por todos los medios posibles, i se apoderó del ánimo de José Miguel en términos que solo en el abandono de dicho punto i consecuente colocacion del ejército sobre el Maule, se adhirió a mi dictámen.

Luego que se abandonó la posicion de Bobadilla, el ejército se acampó a la orilla del Maule, en dos divisiones al mando de Juan José i Luis, a distancia de dos leguas una de otra, i en disposicion de montar al primer aviso a la grupa de la caballería de milicias para atacar al enemigo en cualesquiera de los vados que intentase pasar. José Miguel quedó con su cuartel jeneral en Talca, que dista como cinco leguas del rio.

En los primeros dias de Mayo el jeneral Pareja llegó a Linares, villa distante nueve leguas del

Maule, con todo su ejército, que ascendía próximamente a 2,000 fusileros, 3,000 de caballería de milicias, 200 artilleros i mas de 25 piezas de campaña. Desde dicha villa despachó a don Estanislao Varela, en calidad de parlamentario, con un oficio para José Miguel, cuyo contenido se reducía a que se le entregase el mando del reino. Juan José, poco despues de la llegada de Varela, me dijo que se podia con facilidad sorprender i pasar a cuchillo la partida que, en número de dos a trescientos hombres i al mando de Elorreaga, habia acompañado al parlamentario hasta la orilla opuesta del rio. Contestele que semejante violacion del derecho de la guerra nos cubriria de oprobio. Al poco tiempo, el comandante del destacamento que cubria el vado de Bobadilla dió parte que los enemigos, desde una de las isletas del rio, habian tirado contra su tropa i muerto un hombre; entónces dije a Juan José nos era lícito atacar al enemigo; pero que sería mejor dejarlo para la noche, durante la cual dicha partida, que habia caminado la mayor parte del dia, no podia llegar a Linares, i que, para asegurar el éxito, una division de igual o mayor fuerza que la destinada para el ataque, la siguiese a una legua de distancia. Replicome Juan José que iba a hablar a José Miguel sobre el asunto, i que yo fuese a reconocer al enemigo a Bobadilla. A mi regreso, díjome aquél que el ataque estaba combi-

nado i todo puesto a disposicion del Cónsul i Luis, como jeneral de la vanguardia; que 300 fusileros, entre Granaderos i nacionales i las milicias de caballería de Maipú, componian la division de ataque; i que Luis, con lo restante de la vanguardia i tres piezas de artillería, la seguiria de cerca.

En efecto, dicha division pasó el rio poco despues de anohecer, i logró sorprender a las tres de la mañana en la capilla de Yervas Buenas, dos leguas de Linares, no solo a la partida de Elorreaga, sino a todo el ejército enemigo, que ese dia habia avanzado a dicho punto. Nuestros soldados atacaron con el mayor valor, por confesion de los mismos enemigos, cuya consternacion fué tal que cuerpos enteros, creyendo que todo nuestro ejército los habia atacado, arrojaron las armas i gritaron estar rendidos. Los oficiales mandaron inmediatamente avisar a Luis que avanzase con su division para completar la victoria; pero tanto él como el Cónsul estaban mui descansados en sus casas, de este lado del rio, esperando el aviso de lo acaecido, como si fuera posible a siete leguas de distancia i un caudaloso rio de por medio, cooperar a las operaciones de la citada division.

El resultado fué como debia esperarse de tan vil cobardía, que la tropa graduó de traicion. Viendo los oficiales Bueras, Rencoret, etc., que no parecia la division de Luis, trataron de retirarse con

los prisioneros que podian i la artillería que habian tomado; pero sobrevino el dia i con la luz descubrió el enemigo que era un puñado de hombres el que lo habia atacado; volvió a tomar las armas ya vencidos, cargó con triplicadas fuerzas a los nuestros ya en retirada, recobró la artillería i la derrota fué completa. Mas de la mitad de esos intrépidos fusileros fueron muertos o prisioneros, víctimas de la cobardía de su jeneral; la mayor parte de las milicias se salvó trayendo algunos prisioneros; pero Berganza i otros varios oficiales rendidos escaparon. El primer aviso llegó de dia a don Luis, quien trató inmediatamente de pasar el rio, con el Cónsul, para participar de la victoria, a todo galope, sin artillería i con la tropa que pudo seguir, llegó cerca del campo de batalla; pero, informado por los fujitivos de que todo se habia perdido por falta de socorro, se puso en retirada con algun orden, hasta que un soldado gritó venia una polvareda por su retaguardia. Entónces él i el Cónsul, bien montados, solo trataron de salvarse, dejando a los demas atras por haberse cansado sus caballos en el galope de la ida. Entre éstos se hallaba el coronel don Luis Cruz, quien suplicó a uno de sus soldados que lo matase ántes de caer en mano de sus enemigos, pronosticando este digno oficial el indigno trato que habia de recibir entre ellos. Tal fué el éxito de la accion de Yervas

Buenas, en la cual si Luis hace su deber la guerra estaba concluida; pero al ménos dió una idea ventajosa al enemigo del valor de las tropas de la capital. Además, su pérdida en muertos fué considerable, entre ellos el intendente del ejército don Juan Tomas de Vergara, hombre de conocimientos nada comunes, de una intrepidez singular, el alma de la expedicion i, se decia, su primer autor. Don José Miguel, a pesar de los repetidos avisos de la derrota i que podia empeñarse una accion jeneral, no llegó, con la gran comitiva que siempre lo rodeaba, a Maule hasta cerca de la noche.

El dia despues del ataque de Yervas Buenas, el jeneral Pareja se acercó con su ejército a Maule; pero en el aspecto de sus tropas conoció la funesta impresion que habia hecho en ellas dicha accion, i que si es pernicioso alabar ante los soldados el valor del enemigo, lo es igualmente el dar de él una idea despreciable. Pareja i sus oficiales no cesaron de vituperar la tropa de la capital, en la cual, decian, su ejército entraria sin resistencia. En el campo de Yervas Buenas experimentaron un terrible desengaño; vieron con terror que un destacamento se atrevió a atacar a todo su ejército, i, por último, que si no habia jenerales en el nuestro a lo ménos habia soldados. Tal era el pavor de la infantería enemiga que no se atrevia a acercarse al rio ni aun para beber. La caballería conducia el agua en

cueros; pero no en suficiente cantidad, de modo que sufría infinito por la sed en el terreno seco i pedregoso que intermedia de Yervas Buenas a Maule. No atreviéndose Pareja a pasar el rio por los vados del centro, que son los mejores, se dirijió hácia la cordillera, i mandó una partida de caballería a reconocer el vado; pero luego se recibió la noticia de haberse retirado. Sin embargo, José Miguel mandó que el ejército se retirase cerca de Talca. Sorprendido hasta el último extremo por semejante órden, preguntéle aparte cuál era el motivo de élla; respondió que habia llegado refuerzo al enemigo; que por desercion i la accion de Yervas Buenas la fuerza de los Granaderos no excedia de 600 hombres i que la caballería se destruía por falta de paja i cebada. Le contesté que lo diminuto de nuestra fuerza, que pasaba de mil fusileros i tres mil caballos, era razon de mas para no abandonar la formidable barrera del rio, en la cual mil hombres valian mas que tres mil en cualquiera posicion cerca de Talca. Al oír esto se despidió de mí, diciendo que por ningun motivo entraria en accion campal con el enemigo.

Convencido ya que los Carreras eran tan cobardes como ignorantes, creí en este triste momento el Estado infaliblemente perdido, i que estos perversos hombres, en el momento que el enemigo pasara el Maule, fugarian a la capital, saquearian

los fondos públicos, i con ellos i su Cónsul irian a los Estados Unidos a reirse de los pobres chilenos. Me confirmó en este concepto la esquila que José Miguel, esa misma tarde, escribió al Obispo, en que dice que la vanguardia se estaba batiendo con el enemigo, que en el momento se ponga en marcha para la capital llevando los equipajes de ámbos. Esta esquila me la enseñó el Obispo, quejándose de la burla que despues le hizo don José Miguel por su fuga.

La retirada se principió al anochecer en el mayor desórden imajinable: las carpas, víveres i muchas municiones quedaron esa noche abandonados, particularmente los pertenecientes a la division de Luis, que con el Cónsul se retiraron temprano a Talca. Con la oscuridad de la noche i falta de guias, se perdieron la mayor parte de las divisiones, en términos que algunas, creyendo ir a Talca, se dirijian a Maule; otras, como la brigada de don Luis Cruz, no recibió orden alguna; en fin, tal fué el desórden i confusion, que si una corta guerrilla enemiga pasa esa noche el rio, la derrota hubiera sido completa, como la de la Cancha-Rayada. El dia siguiente esperaba por momentos la noticia de que el enemigo habia pasado el rio. En efecto, lo mandó Pareja; pero su tropa, en particular la de Chiloé, no quiso i arrojó sus armas, enseñando los piés lastimados de tanto andar i diciendo que no

se les pagaba i que los habian engañado, por haberles prometido que no pasarían de la ciudad de Concepcion. Siendo vanos los esfuerzos de Pareja para sus soldados, entabló nueva negociacion que fué despreciada, por el conocimiento que se tenia de la sublevacion de los chilotas, la que inspiró nuevos ánimos a nuestros jenerales, que trataron de perseguir al enemigo. En cumplimiento de mi obligacion, como cuartel-maestre jeneral, ántes de la última salida de Talca, entregué a José Miguel un plan de la formacion de nuestra línea de batalla con arreglo al número de las tropas, su calidad i el terreno que intermediaba a Chillan, que habia de ser teatro de la guerra. Este plan lo puso o copió en limpio don F. Echagüe, oficial de la secretaria de guerra.

El 12 de Mayo nuestro ejército, aumentado por el cuerpo de Infantes de la Patria i el de Voluntarios, pasó el Maule en seguimiento del enemigo, que, a marchas forzadas, se retiraba a Chillan. En Linares se apearon algunos cuerpos de milicias para montar la infantería, i en Longaví José Miguel me dió el mando del cuerpo de reserva, compuesto de los Infantes de la Patria, del de Voluntarios, de la brigada de caballería del coronel O'Higgins i la del coronel Cruz, como tambien de las piezas de artillería de mayor calibre, i cuyo paso en el rio Perquilauquen me ocupó toda la tempestuosa noche

del 14. Al amanecer del 15 se reunió el ejército en los ranchos de Bule, una legua de San Carlos, donde se hallaba acuartelado todo el ejército enemigo, que intimado se rindiese contestó con desprecio. A la una de la tarde se puso el enemigo en movimiento para retirarse a Chillan, que dista cinco leguas de San Carlos.

Nuestras guerrillas i la vanguardia mandada por Luís empezaron a escaramuzearse con la retaguardia del enemigo, quien, viéndose perseguido, detuvo su marcha i formó su ejército en cuadro. Habiéndose acabado las municiones de las dos piezas de la vanguardia, el oficial las hizo clavar, i son las mismas que el jeneral dice en su parte oficial haber quitado al enemigo. El cuerpo de Granaderos seguía la vanguardia, i como su comandante Juan José, en vista de haber arrojado los chilotas las armas en la orilla del Maule, se persuadió que en el momento de tenerlos a la vista se rendirian; en esa creencia i en la de que José Miguel quería con la gran guardia tener dicha gloria, hizo apearse sus Granaderos a poco de haber salido de Bule, i a toda carrera los llevó sobre el enemigo; pero, a la primera bala del cañon contrario que se acercó a él, fugó vergonzosamente, i tras él varios de los oficiales, dejando toda su tropa dispersa i fatigada de la carrera. Igual suerte tuvo el cuerpo de Infantes de la Patria, cuyo jefe manifestó tan poco valor

como Juan José. La Guardia Nacional se mantuvo formada fuera del tiro de cañon, sin dar señales de que queria disputar a Juan José la gloria de agarrar a los chilotos; de modo que puedo asegurar que, en esta la mas orijinal batalla, nuestro ejército estaba completamente derrotado ántes de avistar al enemigo.

Al salir el ejército de Bule, José Miguel separó de mi cuerpo de reserva los Infantes de la Patria i la brigada de don Luis Cruz, dejándome solo las milicias del coronel O'Higgins i los Voluntarios, que no pasaron de cien hombres; i estos, segun la revista de armas que se pasó en su presencia, no tenian mas de 25 a 28 fusiles en estado de hacer fuego. Sin embargo, me dijo que los llevase, que servirian siquiera (esta fué su espression) para imponer algo al enemigo. Al decir esto, i que marchase luego la artillería, cuando estuviese lista para venirse con Luis, se separó de mí, con el Cónsul para ir a dirigir la batalla. En el momento en que los arzones de artillería estuvieron provistos de municiones, marché con la reserva ya reducida a poco ménos que nada. En el camino recibí varias órdenes del jeneral para que avanzase con rapidez, porque los nuestros estaban empeñados a la bayoneta con el enemigo; previniendo de nuevo al comandante de artillería que, a toda prisa, siguiese i se incorporase en la línea de batalla, que

creí formada. Me adelanté a galope con el coronel O'Higgins i los milicianos i Voluntarios que podían seguir. Al acercarnos al campo de batalla no vimos mas que soldados dispersos i un cuerpo formado sobre una colina, que creímos enemigo. Inmediatamente marchamos sobre él; pero al llegar nos salió al encuentro el Cónsul, diciendo que esa tropa era la guardia i comitiva del jeneral, de cuya órden me previno atacase por la retaguardia al enemigo. Hasta entónces no pudimos verlo, por ocultárnoslo ciertos bosques bajos. Marché al momento hácia el enemigo, quien empezó a cañonearnos; pero sin mas efecto que matar algunos caballos. Luego que estuve a tiro de cañon hice desmontar a los Voluntarios, que entónces no pasaban de 60, al mando de su digno comandante don José Antonio Cotapos. Acercándome a la posicion enemiga, observé que era un cuadro formado de carretas, víveres, bagajes, etc., i que tras de este parapeto estaba la tropa bien formada i con el aspecto de hombres resueltos a defenderse. En la marcha encontré varios Granaderos dispersos que no querian reunirse, i al oficial Bueras, a quien preguntando por el estado de la accion, me dijo que los Granaderos e Infantes estaban dispersos, que ninguno de los Carreras parecia i que conceptuaba estar todo perdido. Considerando que seria una loca temeridad atacar el cuadro con solo 25 fusiles útiles i 200

milicianos lanceros, aunque mandados por el intrépido O'Higgins, fuí a reunirme con casi toda la artillería nuestra, que estaba a poca distancia, i de la cual tomé el mando, formándola bajo el tiro de cañon i a la retaguardia, cortando así al enemigo la retirada por el Ñuble. A este tiempo vino un soldado nacional con la noticia que el enemigo iba avanzando sobre nuestra artillería. Entónces mandé que toda la caballería atacase el cuadro, como un acto de desesperacion i único capaz de salvar el ejército. El coronel O'Higgins avanzó con la mayor intrepidez, como otros varios jefes i cuerpos, hasta que un coronel gritó entre las filas, que era sacrificar la caballería hacerla atacar un cuadro. A esta voz los milicianos, en lugar de avanzar, empezaron a hacer remolinos, i a triplicar i cuadruplicar su fondo. Este movimiento rápido de la caballería aunque no se verificó el ataque, impuso, segun me persuado, al enemigo y le impidió salir del cuadro. No pudiendo adquirir la menor noticia de los jenerales, que despues supe se habian retirado temprano a San Carlos, al anocheecer dí vuelta con la caballería, por el oeste del cuadro, recojiendo i montando a la grupa de los milicianos los soldados dispersos. Al llegar ya de noche al frente del cuadro i cerca del paraje donde se habia situado nuestra artillería, supe por algunos soldados i un desertor que el enemigo no se hallaba en estado

de moverse, por haberse escapado la mayor parte de los bueyes i toda la caballería de milicias. Deseando hacer un reconocimiento sobre el cuadro, varios oficiales se ofrecieron; pero no teniendo los fusileros competentes, e informado que la Gran Guardia se hallaba de retirada para San Carlos, mandé pedir a su comandante cien hombres, los que me negó por tener orden, decia, del jeneral en jefe para retirarse a la Villa, a cuya inconsecuencia me retiré con la caballería. Esta fué la batalla de San Carlos en que nuestros jenerales no guardaron un solo principio de táctica; pues a haberlos observado el enemigo era perdido, mayormente habiendo, segun despues se supo, acabado todas sus municiones de cañon, quedándole solo cuatro balas al fin de la accion. José Miguel me aseguró que Juan José tenia toda la culpa, i que merecia perder mil vidas por su conducta en ese dia. Juan José, dijo, precipitó la accion, queriendo solo tener la gloria de agarrar a los chilotes; pero al primer tiro huyó hasta donde yo estaba, sin poder serme posible hacerlo reunir los Granaderos, siendo su única contestacion que su caballo corcoveaba al acercarse al fuego. Le dí otro; pero apénas habia andado dos cuadras, cuando volvió diciendo que ese caballo corcoveaba mas que el suyo. Juan José, al contrario, alegaba que el Cónsul precipitó la batalla, diciéndole que no esperase la artillería,

i que si atacaba por un lado al enemigo con sus granaderos i los Infantes de la Patria por otro, la victoria estaba segura. Luis desde el principio de la accion, segun he oido, se retiró a una casita de teja, desde donde mandó a Urra pasar a cuchillo 30 o 40 pobres chilotes rendidos, que, en la confusion de formar el cuadro, fugaron sin armas a un bosque inmediato. Esta accion oí contar con complacencia a los tres hermanos. Los demas prisioneros que se hicieron fueron desertores, los mas del batallon de Concepcion.

Luego que llegué a San Cárlos informé al jeneral del estado en que conceptuaba se hallaba el enemigo, que para observarlo era indispensable poner gruesas guerrillas sobre el cuadro, i, en el caso de movimiento, picarle la retaguardia; pues aunque nuestro ejército estaba en desórden, mas apurado se hallaba el enemigo. Respondióme José Miguel haber mandado que toda la Gran Guardia se colocase cerca del cuadro i diese aviso al menor movimiento. Durante la noche no se recibió un solo parte, de lo que se inferia que el enemigo estaba quieto. Luego que amaneció, insté, como tambien el Cónsul, a José Miguel para que, estando reunidas i descansadas nuestras tropas, marchásemos sobre el enemigo para picar su retaguardia i atacarla en el paso del Ñuble, o bien cortarle la retirada en el caso de mantenerse en el cuadro;convino,

pero usando de varios pretextos, particularmente el de no estar pronta la artillería, defirió la salida del ejército hasta medio día, a cuya hora se oyó una descarga de artillería, como salva, como en efecto fué, e hizo el enemigo en celebracion de su milagroso paso del Ñuble, que como milagroso debia considerarlo. Despechado, dije a José Miguel que jamas se habia malogrado ocasion semejante de destruir un enemigo. Me contestó con enfado que cómo queria que entrara en accion con una tropa derrotada. Al poco tiempo vino parte del teniente Molina que, habiendo reconocido el cuadro i no hallando en él los enemigos, los siguió hasta la capilla de Cocharcas, a tiro de cañon de Ñuble, cuyo rio la retaguardia enemiga estaba pasando; pero que tal fué su consternacion, que a la vista de su guerrilla abandonó cuatro cañones en el rio, i en la orilla algunos bagajes i municiones de fusil. Me he detenido en detallar las acciones de Yervas Buenas i San Carlos para manifestar la pericia militar i valor de los Carreras. Tal vez tres hombres semejantes jamas se hayan visto al frente de ejército. Por nuestra fortuna, poco superiores eran los jefes enemigos, pues en lugar de destacar tropas que asegurasen a Concepcion i particularmente a Talcahuano, solo trataron de encerrarse en Chillan i descansar de sus fatigas pasadas.

Nuestro ejército salió de San Carlos la tarde

del 16, i cerca del Ñuble se trató de nuestras ulteriores determinaciones. El Cónsul era de dictámen que inmediatamente marchase una division a Concepcion. Yo me opuse, manifestando que nuestra infantería no llegaba a mil hombres, que la mayor parte de las milicias se habian desertado, que se ignoraban las miras del enemigo i el estado de Concepcion, i que segun los prácticos, el camino de Chillan a dicha ciudad era mas corto i llano que el que teníamos que andar, i, por último, que nuestra retaguardia quedaba enteramente descubierta, de lo que podia aprovecharse el enemigo i retroceder sobre la capital. Concluí con dar mi dictámen que el ejército tomase una posicion céntrica i que obrase segun las noticias de Concepcion i Chillan. Desde Itata, José Miguel intimó a Concepcion, la que inmediatamente se rindió. Entónces marchó para la ciudad, dejando a Juan José, con quien me quedé por su disposicion, con solo 180 Granaderos, 30 milicianos, 25 Dragones i 60 artilleros con 8 piezas de artillería. Con esta fuerza pasamos el Itata i nos situamos en Quiltrico, para cubrir a Concepcion de cualquiera tentativa de Chillan. En este punto recibimos la noticia de la toma de Talcahuano, durante cuya accion, segun me han informado varios, en particular el coronel don Antonio Mendiburu, José Miguel, Luis i el Cónsul se situaron detras del cerro de Talcahuano, donde nada

podian ver ni disponer, i en donde se mantuvieron hasta que se les avisó de haberse tomado el puerto.

José Miguel, en vista de serle la fortuna tan favorable, gracias a la inaccion i cobardía de los enemigos, trató de poner sitio inmediatamente a Chillan, persuadido que se rendiria a la vista de su ejército. Pasó a Talca para avivar la marcha de la division que se habia reunido allí, i a fines de Junio se acercó a Ñuble por el Guillipatagua, a cuyo punto, en cumplimiento de mi deber, le dirijí un cróquis del pais i plan de marcha de las distintas divisiones del ejército sobre Chillan. En dicho plan, cuya copia remití al Gobierno, insté que no se verificase el movimiento hasta la llegada de Concepcion de los dos cañones de a 24, que se creia imposible llegasen hasta la primavera, en cuya situacion se mejoraba el tiempo, i habria pasto para la caballería. No se hizo caso de mi plan. Pasamos el Itata el 2 de Julio, con mui pocos víveres i sin mas paja i cebada que la que se encontraba por los ranchos. Reunido todo el ejército se situó en los cerrillos de Coyanco, legua i media de Chillan, cuya intermediacion obligaba a la tropa a estar casi siempre con las armas en la mano i la caballería en continuo servicio, lo que, unido a la total falta de paja i cebada, destruyó luego a las caballerías. A fines de Julio llegaron los cañones de a 24, i el ejército se acercó a Chillan.

Se situó a la distancia de 1,500 varas del pueblo la primera batería compuesta de dos cañones de a 24 i dos de a 18. En vista de no rendirse el enemigo, i que el rigor de la estacion destruia el ejército, se determinó avanzar la batería hasta la misma entrada de la ciudad. En consecuencia de esta determinacion, la noche del 2 al 3 de Agosto se puso casi todo el ejército en movimiento, a excepcion de los jenerales, que la pasaron en sus camas dejando el desempeño de la mas peligrosa operacion que se puede ofrecer en un sitio, a mí i por segundos a los coroneles O'Higgins i Spano. La batería se concluyó al amanecer, a la distancia precisamente de dos cuabras del pueblo, i a las 7 quedaron colocados 6 cañones, a cuya hora me retiré a descansar, despues de dos noches i dias de incesante fatiga. Apénas me habia recostado cuando oí un vivo fuego de fusilería, i se me avisó que el enemigo habia atacado la batería nueva; monté a caballo i desde la batería vieja ví la accion empeñada; pero que el enemigo no avanzaba a la bayoneta. En el momento se reunió la tropa que habia quedado en el campo para socorrer a la batería. Luis Carrera se puso a la izquierda i yo a pié a la derecha. José Miguel i el Cónsul, segun costumbre, se pusieron fuera de tiro de cañon, con el anteojo. Observando que Luis se dirijia al este, como para rodear la ciudad, i que los enemigos envueltos con los Gra-

naderos que habian salido a atacarlos, avanzaban sobre la batería, monté, en ese crítico momento, a caballo i poniéndome al frente de la tropa, grité que avanzase por el frente i derecho al enemigo, lo que ejecutó con el mayor orden, a pesar del fuego del reducto i de dos piezas que habian sacado de la ciudad contra este cuerpo. El enemigo, en vista de la rápida marcha de la tropa, temiendo ser cortado, huyó con precipitacion, i fué perseguido por los Granaderos; pero en el mayor desorden.

Por la tarde de ese mismo día sucedió la explosion de mucha parte de los cartuchos de cañon que se hallaban en dicha batería; corrí en el momento con mis dos ayudantes, i ví que una partida considerable de los enemigos se dirijia a la batería; pero a la primera descarga de nuestros valerosos artilleros se convencieron que todavía quedaban municiones i se retiraron al pueblo. Entónces dediqué todos mis cuidados a contener mis soldados que gritando ¡traicion! abandonaban la batería. A este tiempo llegó don Manuel Serrano con orden del jeneral para clavar la artillería i retirar la tropa a la batería vieja. Díjele que ya habia pasado el peligro, habiéndose retirado el enemigo, i que la batería se habia provisto de cartuchos, siendo mis ayudantes Sepúlveda i Cuevas los que llevaron los primeros en sus ponchos. Poco despues llegó el oficial Barrueta con bueyes para retirar la artillería

que no se hubiese clavado; pero, por las razones indicadas, nada se hizo. Durante estos verdaderamente críticos momentos, ninguno de los Carreras parecía, el valeroso O'Higgins sí era el primero en todos los peligros. La noche del 4 se nos avisó de la plaza que el día siguiente el enemigo iba a hacer su última tentativa contra la batería. Desde el amanecer del cinco estuve trabajando con doscientos hombres para ponerla a cubierto de toda tentativa del enemigo. A las once del día se empeñó una acción jeneral bastante viva i larga; pero al fin el enemigo fué rechazado con considerable pérdida i desde ese momento no se atrevió a hacer otras salidas que en guerrillas a caballo. Luis en ese día se halló en la batería i se portó con algun valor. José Miguel, segun su costumbre, con el anteojo. Juan José ni de la carpa se asomaba esos días para ver lo que pasaba. El día siete me dijo José Miguel que era preciso levantar el sitio. Consternado, le pregunté el motivo, respondió que no habian treinta caballos en estado de servicio, ni esperanzas de otros; que las guerrillas enemigas con este conocimiento interceptaban nuestros convoyes; i, por último, que en pocos días no nos quedarían bueyes ni mulas. Ví con sumo dolor la precision de abandonar, i solo por falta de cien caballos, un sitio que ya se podia considerar como concluido. Se retiró toda la artillería i municiones, sin que el

enemigo intentase incomodarnos. A nuestro regreso al antiguo punto de Coyanco, Sánchez tuvo la sandez de intimarnos rendicion. Juan José entónces manifestó mucho valor. Se puso a la cabeza de los Granaderos con su fusil i cartuchera, porque bien sabia que el enemigo no se atreveria a atacarnos en posicion tan ventajosa. En fin, con bastante fatiga, llegamos a Itata, que por estar en avenida tuvimos que pasar en miserables balsas. José Miguel se dirijió desde ese punto a Concepcion con la mayor parte de la tropa. Luis i el Cónsul a la capital, i Juan José conmigo a Quirihue con una division de casi igual fuerza a la que teníamos en Quiltrico. En nuestra marcha para Itata se recibió la noticia que una guerrilla enemiga habia estraido todos los prisioneros de estado i de guerra de la Florida, en cuyo punto el jeneral cometió el gran absurdo de ponerlos, i sin mas guardia que unos pobres milicianos.

A los pocos dias de estar en Quirihue, José Miguel, a consecuencia de falsas noticias de Chillan, mandó a Juan José que inmediatamente se pusiese en Concepcion con la tropa de su mando para defenderla de toda la fuerza enemiga que sabia se iba a poner en marcha contra dicha ciudad. A mí igualmente me escribió queriéndome persuadir que de esa operacion dependia la salvacion del Estado. Contestele que su ruina seria la infalible conse-

cuencia; pues abandonando todo el pais entre Maule e Itata cortarían los enemigos la comunicacion con la capital, se apoderarían de todos nuestros convoyes, para cuyo fin solo tenían que ocupar la orilla setentrional de Itata con Ñuble, dejando el ejército encerrado en Concepcion, con pocos víveres, ménos municiones i casi ningun caballo ni buei; por consiguiente, nuestra salida despues seria impracticable, que por los caminos que indicaba i los pocos bueyes que tenía la division tendríamos que abandonar toda la artillería por no haber por allí jamas pasado carruaje ninguno, i, por último, que el enemigo no pensaba moverse de Chillan, i, si intentaba hacerlo, el punto que la division debía ocupar para cubrir a Concepcion era el Membrillar, único vado carretero que tenía Itata con Ñuble i desde donde, por estar cerca de Chillan i el camino real de Concepcion, podríamos marchar sobre su flanco a retaguardia, en el caso de atacar aquella ciudad.

Despues de hacer presente estas razones i en cumplimiento de lo mandado, se puso la division en marcha, pero a jornadas mui cortas, esperando el desengaño de José Miguel, de quien efectivamente recibimos contraórden, ántes de llegar a Itata con Ñuble. En ese tiempo acaeció la sublevacion de Arauco i demas puntos de la frontera, sin otro motivo que los vejámenes que habían pa-

decido esos habitantes de los varios comisionados mandados por el jeneral para quitar caballos. Estos bribones hicieron, por sus estorsiones, el sistema tan odioso, que esos vecinos solo esperaban la ocasion de unirse al enemigo. Con un poco de prudencia de parte del jeneral, todo se hubiera tranquilizado al principio; pero no quiso adoptar medios suaves i los de fuerza que tomó fueron tan débiles que nada efectuaron, sin embargo, de tener en Concepcion una fuerza disponible de mas de mil fusileros. Luego que regresó la division a Quirihue i se concluyó su formacion, pensé, segun lo acordado con el jeneral, verificar mi viaje a esta ciudad; pero el padre Oses, capellan de Granaderos, i otros me dijeron que habian oido decir a los soldados que si yo me iba ellos tambien se irian, por no tener confianza en su comandante en caso de ataque, por cuyo motivo me suplicaron que suspendiese mi viaje, como efectivamente lo hice.

A principios de Octubre volvió a salir la division de Quirihue a situarse cerca del Membrillar para los fines ya indicados; nuestras guerrillas tuvieron algunas escaramuzas en las orillas de ese rio con los enemigos, que intentaron apoderarse del rico convoi de dinero, pólvora, vestuarios, etc., que el coronel Sota con el Obispo condujeron a Concepcion; malogrado este golpe i no atreviéndose Urre-

jola, que mandaba la division enemiga, atacar a la nuestra, atrincherada en el Membrillar. Abandoné la ribera de Itata con Ñuble i me situé sobre la orilla oriental de Itata en Cuca. A mediados de Octubre, segun lo espuesto por el jeneral, nuestra division pasó Itata con Ñuble en el Membrillar i tomó una posicion ventajosa en la orilla occidental de Itata, casi enfrente de Urrejola. En esos dias, Elorreaga, perseguido por O'Higgins, se retiró con su division de la Frontera, repasó el Diguillin e Itata i se situó en San Javier, distante como tres leguas del Roble i a poca mayor distancia de Cuca. O'Higgins siguió a Elorreaga hasta Itata i el mismo dia que pasamos Itata con Ñuble, se reunió con la division del jeneral que por la Florida vino derecho de Concepcion, i se acamparon en el Roble, ascendiendo la fuerza de ámbas divisiones a ochocientos hombres. La posicion que escojió José Miguel era pésima, cubierta de árboles i rodeada de barrancos que facilitaban una sorpresa. Lo que hacia ménos excusable semejante yerro era el haber una excelente posicion sobre una colina en la orilla de la laguna de Avendaño i solo ocho cuadras distante del Roble. Los jefes enemigos Urrejola i Elorreaga resolvieron atacar la division de Juan José o la de José Miguel ántes de su reunion; i aunque la fuerza de ésta era superior a la de aquella, determinaron atacarla por su mala posicion. Al

amanecer del diecisiete logró el enemigo sorprender completamente a José Miguel, i es opinion universal que si O'Higgins no se halla allí la division hubiera sido destruida. Este valeroso jefe, con la jente que en el momento pudo reunir, hizo frente por todas partes, dió lugar a la formacion de los demas cuerpos, i al fin derrotó al enemigo quitándole dos piezas de artillería, varios prisioneros i causándole considerable pérdida en muertos i heridos. José Miguel, léjos de cooperar a los esfuerzos de O'Higgins, solo trató de fugar, lo que efectivamente logró i acompañado de un solo paisano llegó, despues de mil rodeos, a nuestra division i dió la primera noticia del ataque. Aunque habíamos oido el cañoneo, creimos ser contra la guerrilla de la orilla opuesta, a las que habian tirado la tarde ántes, segun José Miguel avisó. Sin embargo, al oir el primer tiro, se despacharon cien fusileros montados, única caballería que tenia la division.

Despues de la accion del Roble, el enemigo se encerró en Chillan i dejó la Frontera casi abandonada. Dije a José Miguel, comiendo en la carpa de Juan José, que ese era el momento de apoderarse de Arauco, punto que consideraba mas interesante que el mismo Chillan. Contestóme: "¿se contenta Ud. que dentro de ocho dias sea nuestro Arauco? Pues cuente con él i mañana marchó a

Concepcion a organizar la espedicion contra la Frontera». Pero a su llegada a dicha ciudad, se olvidó de Arauco i solo pensó en sus placeres. Me previno, a su partida del ejército, que luego que hubiese atrincherado la division del centro, o de Juan José en Bulliquin i la de O'Higgins en la confluencia de Diguillin con Itata, pasase a Concepcion a construir algunas obras de campaña para la defensa de Concepcion i Talcahuano. En efecto, luego que se concluyeron dichos atrinchamientos, pasé a Concepcion i se dió principio a las obras indicadas.

Aquí termina la historia de la carrera militar de los Carreras i principia la de sus intrigas i desobediencia a las órdenes del Gobierno, que ocasionaron la casi total desorganización del ejército; paralizaron las operaciones de la campaña; i fueron la única causa de los progresos del enemigo. El Gobierno, en vista de los clamores de los patriotas i de todo hombre de relijion i moralidad, formó el jeneroso designio de libertar a su patria de la tiranía; i es preciso confesar que llevó hasta el fin su plan con una enerjía que hace a los individuos del Gobierno anterior acreedores al eterno reconocimiento de su patria. Hacia tiempo que se rujía en el ejército que la capital hacia esfuerzos por sacudir el ignominioso yugo que la oprimia. Esta noticia llegó a oidos de José Miguel i fué lo que lo obligó

a precipitar el sitio de Chillan i emprenderlo en medio del invierno, con el objeto de pasar inmediatamente a la capital i destruir la poca libertad que quedaba en su patria.

Me hallaba en Concepcion ocupado en la direccion de las obras indicadas, cuando recibió José Miguel la orden del Gobierno para que hiciera renuncia del mando del ejército, ofreciendo garantírle de modo mas solemne un honorífico empleo, dentro o fuera del reino. Me manifestó la orden con un semblante que pedia mi parecer; díjele que el Gobierno despues de haber dado ese paso no podia retroceder; que si él no cumplia la orden la forzosa consecuencia seria una guerra civil i de ésta la inevitable ruina del reino; que estaba persuadido que los votos de todos los jefes del ejército se reunian a favor del coronel O'Higgins; i que el Gobierno accederia gustoso a esta solicitud, pues nadie podia dudar del buen éxito de la campaña dirijida por O'Higgins. Replicó José Miguel que no tenia dificultad en entregar el mando a O'Higgins; pero jamas a ningun porteño, que de una expresion del oficio del Gobierno inferia se pensaba poner al frente del ejército a un individuo de Buenos Aires. La docilidad que manifestó esa noche José Miguel para entregar el mando, segun supe despues, nació del conocimiento de que su hermano Juan José estaba de acuerdo con el Gobierno. En

efecto, hubiera coadyuvado si le dan el mando en jefe; pero, desengañado, escribió a José Miguel, segun éste dijo, que de ningún modo entregase el mando, que él con sus Granaderos lo sostendría i acabaría con el Gobierno. En vista de esta carta, de los consejos del Obispo i otros secuaces suyos cuyos empleos, comisiones i esperanzas pendian de él, determinó sostenerse a todo trance en el mando. Manifesté al Obispo, a muchos vecinos de Concepcion i varios jefes que se hallaban en dicha ciudad que la ruina de esa provincia seria la infalible consecuencia de la desobediencia de José Miguel, a quien igualmente hablé de nuevo; pero mis consejos ya graduaban de insultos, segun dijo al canónigo Andrade.

Declarado ya el desobedecimiento de los Carreiras, determiné, a ruego de algunos jefes i principales vecinos de Concepcion, pasar a Talca para instruir al Gobierno del estado de aquella provincia i ejército e incorporarme en la division auxiliar, entónces en Talca. Siéndome lícito como cuartelmaestre jeneral, de pasar sin licencia del jeneral en jefe a cualesquiera de las divisiones del ejército, en Talcahuano, con el pretesto de reconocer la isla de la Quiriquina i abandonando mi equipaje, caballos etc., me embarqué en un bote o falúa cubierta, i sin la menor novedad llegué a la boca de Maule, de donde me trasferí por tierra a Talca. El Go-

bierno, en vista de no contestar José Miguel acerca de la dimision del mando, procedió a quitárselo, nombrando al coronel O'Higgins de jeneral en jefe, al de igual clase Spano comandante de Granaderos i al capitan Valdes comandante interino de artillería. Estos despachos i las órdenes correspondientes para las corporaciones i jefes de los cuerpos, los llevó a Concepcion el oficial de la secretaría, Echagüe. José Miguel, al recibir la orden dijo: «estas son intrigas de Mackenna». Juan José, sin abrir el pliego que le iba dirigido, lo rasgó i pisoteó en presencia de Echagüe i otros. Este individuo i el oficial Gaona que lo acompañaba fueron insultados i puestos presos. El nuevo jeneral en jefe O'Higgins, a la vista de la conducta de los Carreras, resolvió venir a Talca, a lo que no se opuso José Miguel, i con él escribió al Gobierno un oficio cuyo tenor se reducía a que iba el coronel O'Higgins a informar del estado del ejército, que lo devolviese luego en compañía de su hermano Luis, i a lo demas contestaría luego. Luis se hallaba entónces en Talca sin mando ni empleo; pero sí con su graduacion i sueldo. Importunaba diariamente al Gobierno para que, en clase de particular, lo permitiese ir a Concepcion, dando su palabra de honor i jurando por lo mas sagrado que se valdria de todo su influjo con sus hermanos para que cediesen el mando i que la tenacidad de ellos

dimanaba en mucha parte de que el Gobierno lo tenia preso. Convino por fin la Junta en darle licencia. Fué a Concepcion, en compañía del Plenipotenciario, señor Cienfuegos, pero el cumplimiento de su palabra de honor i juramento, fué animar a sus hermanos para que no entregasen el mando. José Miguel, inmediatamente, lo hizo reconocer de nuevo por comandante jeneral de artillería. La mayor parte de la digna oficialidad del ejército vió con suma indignacion esta directa sublevacion de los Carreras contra el Estado; muchos de ellos decian públicamente que no reconocian otra autoridad que la del Gobierno; de estos oficiales varios fueron puestos presos en consecuencia i otros suspendidos de sus empleos.

Los Carreras son los primeros hombres de que talvez se halla ejemplar en la historia que hayan intentado oprimir a su patria, sin valor personal, la primera i mas esencial cualidad de tiranos. Otros hombres, en las críticas circunstancias en que se hallaban en Concepcion, sin dinero i sin víveres, hubieran atacado inmediatamente la division auxiliar que sostenía directamente al Gobierno, sea por tierra o por mar, aprovechándose del primer ardor de los soldados a su favor; pero no tuvieron espíritu para obrar con enerjía, ni virtud para entregar el mando. La intriga, la vil intriga era su única arma, era la que los habia puesto al frente del

Estado i por cuyo medio pensaron sostenerse. Se engañaron, las circunstancias habian variado: la oficialidad del ejército se componia de patriotas decididos que habian sufrido muchos peligros i fatigas en el servicio de su patria para sacrificarla por el bien personal de hombre alguno. Los mismos soldados decian, al último, que no pelearian contra sus hermanos i su patria. Lo mas sensible era que durante estas inúcuas maniobras se pasaron los meses de Noviembre, Diciembre, Enero i Febrero en una total inaccion. Los enemigos la aprovecharon para reforzar su ejército; dió lugar a que no solo llegasen sus refuerzos, que en número de ochocientos fusileros, entre limeños i chilotes, desembarcaron en Arauco, sino tambien a la llegada de los corsarios que bloqueando a Talcahuano impidieron la entrada de los víveres acopiados en Valparaíso para Concepcion, como tambien la salida del salitre que, por valor de doscientos mil pesos, se hallaba en Talcahuano, i que José Miguel no envió a pesar de repetidas órdenes del Gobierno, diciendo que lo queria la Junta para hacer pólvora contra él.

•Crecia la escasez de numerario i víveres en Concepcion, como tambien el descontento del ejército, que José Miguel, con el abandono de todo el pais i sus ventajosas posiciones sobre Itata, hizo venir a Concepcion con el objeto de tenerlo mas inme-

diato a su férula. Los soldados, en partidas considerables, emigraban a Talca i no pocos pasaron al enemigo. El batallon de Granaderos, principal apoyo de los Carreras, i que Juan José dijo, en presencia del teniente Ceballos, que primero lo entregaria a Sánchez que al Gobierno, se decidió contra ellos con toda su digna oficialidad. En estas terribles circunstancias, los Carreras vieron la necesidad de ceder a la fuerza i temiendo ser víctimas de la indignacion del ejército, mandaron un emisario al jeneral en jefe, quien entónces se hallaba con la division auxiliar en Quirihue, suplicándole que pasase a Concepcion a recibirse del mando del ejército. Fué inmediatamente i se recibió del mando; pero de un ejército ya en esqueleto, sin fusiles en estado de hacer fuego i los demas ramos en igual abandono.

Los Carreras, a pesar de la entrega del mando, no cesaron de intrigar para destruir el ejército i por consiguiente el Estado. Fraguaron dos conspiraciones, como podrán informar varios i el mismo jeneral en jefe, para quitarle el mando; pero malogrados por la fidelidad de los oficiales dirijieron todos sus esfuerzos a impedir la salida del ejército de Concepcion robando, por medio de sus secuares, segun me ha informado el jeneral en jefe, los bueyes i mulas que juntaba para el trasporte de la artillería i municiones. Lo que hacia mas inícuo

este proceder era de ser en circunstancias que el nuevo jeneral Gainza, con un ejército mas poderoso i de distinto espíritu que el que llevó a Maule Pareja, habia llegado a Quinchimalí, una legua distante de la posicion que ocupaba la corta division de mi mando, sin veinte caballos en estado de servicio, sin dinero i casi sin víveres; pero todos estos objetos eran de corto interes, o mas bien, satisfactorios a José Miguel, quién, en presencia del coronel Urizar, juró, por lo mas sagrado, que perderia a Chile. El jeneral en jefe, a pesar de la excesiva bondad de su carácter, indignado hasta el último extremo por estas viles maniobras, mandó a los Carreras (Juan José ya habia venido con el señor Cienfuegos) que en término de tres horas saliesen de Concepcion a cualquiera chácara inmediata, interin desalojase al enemigo de Itata i quedase franco el camino de Talca. Obedecieron los Carreras; pero la segunda noche de su salida, una guerrilla enemiga los apresó sin resistencia, i se supone, por traicion de uno de sus secuaces, el europeo Torres, entónces comandante del Castillo de Penco viejo, junto al cual fué su prision, i quien despues se pasó al enemigo con la mayor parte de la guarnicion.

Se ha estrañado en los paises circunvecinos o limítrofes i aun por muchos de la capital, cómo no se habia arrojado luego del reino un enemigo tan

débil i que se consideró (ignoro con qué fundamento) tan despreciable. Queda, me parece, demostrado en este informe, que cuando teníamos al frente un enemigo verdaderamente digno de desprecio porque no queria pelear, a la cabeza del nuestro se hallaban hombres sin espíritu siquiera de mujeres, i sin los conocimientos de meros subalternos. Se ha manifestado igualmente cuál era el triste i reducido estado del ejército cuando se recibió de su mando el jeneral O'Higgins; sin embargo, luego que pudo salir de Concepcion, mediante la prision de los Carreras, las acciones del Quilo, del Membrillar, el paso del Maule i los pequeños ataques de los Montes de Guajardo, de Rio Claro i de Quechereguas manifestaron al enemigo, i lo confesaron sus propios jefes, que se conocia bien el no estar los Carreras al frente del ejército. En el momento que se puso a cubierto la capital, i que se recibieron los socorros inesperados, en particular de pólvora, en lugar de la pésima que teníamos, marchó el ejército en busca del enemigo hasta tiro de cañon de Talca, donde se concluyeron los tratados de paz.

Si el ejército de Chile solo hubiera tenido que luchar contra los enemigos exteriores en la última campaña, pronto se hubiera acabado la guerra; pero tenia que pelear contra la provincia de Concepcion que estaba completamente insurreccionada,

i en donde los excesos de los Carreras, los robos i los saqueos de sus satélites habian hecho execrables hasta los nombres de Patria i de sistema. La pública mofa de la relijion que hacian estos hombres i los aduladores inmorales que los rodeaban, facilitaron a los eclesiásticos contrarios una terrible arma para esclamar desde los púlpitos que el principal objeto de nuestro ejército era el destruir la relijion. Jamas se oyó misa en el sitio de Chillan, ni en ningun otro campamento mandado por los Carreras; nunca se vió el menor acto de relijion; sí los mas abominables excesos contra el bello sexo, i, lo que aun es mas sensible, contra la relijion. Referiré solo dos de los infinitos. Juan José en Curapalihue sacó de un oratorio un crucifijo, que, en presencia del sarjento mayor Campino i otros oficiales de Granaderos, tiró al suelo, riéndose de la supersticion i barbárie de sus paisanos los chilenos. José Miguel, en presencia de varios i entre ellos el coronel Urizar, dijo que interin no se anduviese a patadas con la custodia no habria sistema en Chile. Me informó el jeneral Gainza que de su órden se habia formado causa a los Carreras (la que me parece se le debe pedir) i que entre muchos papeles interesantes encontrados en el equipaje al tiempo de la prision, se halló uno relativo al repartimiento de las horas en los fandangos o funciones nocturnas de José Miguel en

Concepcion, el mas obsceno, dijo, i de la mas desenfrenada lubricidad que se puede imaginar.

En distintas ocasiones, i con particularidad en Coyanco a presencia del coronel don Juan de Dios Vial i otros jefes del ejército, manifesté a los Carreiras que prescindiendo de nuestra santa relijion, de las penas i recompensas de la otra vida, i considerando la materia bajo un nuevo aspecto político o mundano, habia de acarrear en un pueblo relijioso funestas consecuencias tan público desprecio de la relijion, sin la cual los hombres serian fieras. Sin ella jamas ha existido ni puede existir sociedad alguna, porque es el freno de los crímenes secretos del malvado i el último apoyo del hombre de bien perseguido por la desgracia; que en los dias virtuosos de Grecia i Roma eran estos republicanos aguerridos i los mas ilustrados de la tierra. Por último, los mismos filósofos modernos, en particular Rousseau, que se considera el apóstol de la incredulidad, dice deberse castigar con pena capital a todo hombre que hable contra la relijion de aquel pais, como perturbador de la tranquilidad pública, i destructor de la sagrada base en que reposa la quietud de las familias, el cumplimiento de los deberes, i todos los resortes de la vida social.—Santiago i Julio 20 de 1814.—Excmo. Señor.—*Juan Mackenna.*
